

REUNIONES Y CONGRESOS

IV ENCUENTRO NACIONAL DE HISTORIA ORAL

VERA CARNOVALE*

Durante los días 25, 26 y 27 de agosto de 1999 se celebró en Buenos Aires el IV Encuentro Nacional de Historia Oral, organizado conjuntamente por el Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires y el Programa de Historia Oral del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani" de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

Un conjunto heterogéneo formado por más de 50 ponencias de investigadores de distintas regiones del país, así como de colegas del exterior, fue la respuesta a una convocatoria referida, en esta oportunidad, a "Conflictos y experiencias del siglo XX". Dicha heterogeneidad fue el resultado no sólo de la extensa variedad de temas y enfoques historiográficos que estos trabajos ofrecen sino también, y quizá fundamentalmente, de la disparidad que presentan en cuanto a resultados y aportes. De ahí que el IV Encuentro haya sido representativo del estado actual de esta práctica disciplinar que, si bien en evidente expansión y liberada ya del esfuerzo de legitimar su existencia misma, debe afrontar aún nuevos y no tan nuevos debates teóricos y metodológicos. Si avanzar en el análisis y la discusión de estos últimos aspectos constituye una tarea impostergable, la activa participación del profesor Philippe Joutard, de la Universidad de Toulouse, implicó, sin duda alguna, un inestimable aporte en esa dirección.

El Encuentro se organizó en nueve mesas de discusión, dos simposios, dos conferencias y una reunión plenaria en la cual los representantes de las distintas unida-

* Programa de Historia Oral (Facultad de Filosofía y Letras-UBA).

des académicas del país que participaron del evento realizaron un balance de la situación actual de la historia oral en sus respectivas instituciones. Para su exposición y discusión los trabajos fueron agrupados según un criterio temático: “Mujeres”, “Migración e identidad”, “Tecnología, arte y sociedad”, “Educación”, “Metodología”, “Historia regional” y “Política y violencia”, siendo estas dos últimas mesas las que contaron con la mayor cantidad de ponencias.

Una primera aproximación permite corroborar, por un lado, la persistencia de interés en ciertas áreas ya privilegiadas por la historia oral. Tal es el caso de la historia de las mujeres, la de los movimientos migratorios y, especialmente, la historia regional. Aunque abarcando períodos históricos y problemáticas distintos, una abrumadora cantidad de ponencias se orientan al estudio de estos temas, constituyendo —en la mayoría de los casos— la relación entre memorias e identidades el foco de atención principal. Es asimismo relevante el aporte que los testimonios orales ofrecen para varias investigaciones que intentan la construcción de una historia política regional más problematizada. Por otro lado, la escasa cantidad de ponencias referidas a aspectos teórico-metodológicos, así como también a la creación y organización de archivos orales, resulta representativa de las deudas pendientes.

La educación apareció como una de las áreas de mayor interés. A la mesa destinada a reunir ponencias sobre el tema —y en la que se presentaron proyectos y experiencias del uso de las fuentes orales en la enseñanza de la historia— se sumó un simposio sobre el proyecto a gran escala que, dirigido por la profesora Dora Schwarzstein, está llevando adelante el Programa de Historia Oral de la UBA. Este proyecto, “Historia Oral en escuelas de las Zonas de Acción Prioritaria (ZAP)”, ganador de uno de los subsidios en el concurso de Innovación en Educación, convocado por la Fundación YPF para el período 1998-2000, involucra a ocho escuelas primarias y secundarias dependientes de la Secretaría de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires. Los trabajos presentados por los distintos participantes (docentes, historiadores, especialistas en didáctica de las ciencias sociales e incluso alumnos) dan cuenta no sólo de los inestimables avances y aportes que el uso de testimonios orales ofrecen para la enseñanza y el aprendizaje de la disciplina, sino también de su expansión hacia nuevos ámbitos institucionales.

Como correlato de una producción interdisciplinaria creciente y síntoma de un interés cada vez mayor —en absoluto exclusivo de ámbitos académicos—, el área de política y violencia ocupó un lugar preferencial no sólo en cuanto a la cantidad de trabajos presentados sino también en relación con su capacidad de convocatoria. Si bien hubo una gran cantidad de ponencias centradas en las experiencias políticas y las memorias de distintos grupos sociales en distintos períodos (guerra de Malvinas, fascistas y antifascistas en la década del veinte, el peronismo proscripto, anarquismo y sindicalismo) es indudable que fue el problema de la Memoria —con especial referencia a “los años setenta” y a los años de represión estatal— el que se erigió como centro de los debates más fructíferos. En este sentido cobra una importancia fundamental el aporte realizado desde otras disciplinas; no sólo en cuanto a las nuevas lí-

neas metodológicas propuestas, sino también en relación con abordajes teóricos más profundos. Si la memoria social, entendida siempre como espacio de conflictos, no es un registro espontáneo ni un simple entrecruzamiento de subjetividades, sino el resultado de una compleja red de representaciones, acciones, instituciones y soportes de formación e implantación, la necesidad de historizarla resulta fundamental. El simposio "Memoria, historia y formación de identidades" y la conferencia de Elizabeth Jelín fueron los espacios que mayores aportes realizaron en esa dirección. Memorias e identidades, el olvido como elemento constitutivo de la memoria, los distintos tipos de olvido y los procesos de construcción y producción de la memoria social fueron los ejes alrededor de los cuales se articularon los trabajos.

Haciendo abstracción del criterio temático de organización y optando por una mirada más transversal, el aporte que la totalidad de las ponencias representa puede ser evaluado a partir de principios teórico-metodológicos. En este sentido se puede apreciar un primer grupo de ponencias que, aunque provenientes de tradiciones historiográficas diversas, coinciden no sólo en la producción de testimonios orales sino en una utilización y una interpretación críticas con el objetivo de producir conocimiento histórico. Se observa en este conjunto de investigaciones un entrecruzamiento y una confrontación de fuentes de distinta naturaleza, un aprovechamiento de los aportes de otras disciplinas y un claro planteo de los límites y problemas presentes en toda producción histórica. Un segundo grupo reúne los trabajos que, por diferentes motivos, ponen en evidencia la imperiosa necesidad de afianzar principios metodológicos fundamentales así como de profundizar debates teóricos más generales. No fueron pocas las ponencias en donde se observó una escasa representatividad de los testimonios con relación a los temas de investigación. Tampoco estuvieron ausentes aquellas en las que la confrontación e interrelación de fuentes no pasaron de ser una simple declaración de principios. La mera presentación de testimonios y el vacío en el lugar de la interpretación fueron otros de los aspectos observables en este segundo grupo. Esta "sacralización del testimonio" proviene, indudablemente, de dos ilusiones que explícita o implícitamente siguen presentes en algunas de estas últimas producciones: la vieja ilusión de "dar voz a los que no la tienen", y la de la entrevista como reflejo sin mediaciones del proceso histórico. Enmarcado, a veces, en una legítima voluntad política de democratizar la producción histórica, este acercamiento ingenuo y acrítico al testimonio parece dejar de lado no sólo las relaciones asimétricas contenidas en la realización de entrevistas, sino también ciertos aspectos que resultan indispensables a la hora de evaluar la esencia misma del conocimiento histórico. Si el profesor Joutard planteó en su conferencia dos grandes desafíos que los practicantes de historia oral debían afrontar, el primero de ellos estaba referido, precisamente, a ser historiadores y no simples memorialistas. Tomando en cuenta la extraordinaria capacidad de la memoria de simbolizar y mitificar y el hecho de que la memoria no es equivalente a los recuerdos, sino que se constituye en primer lugar por lo que rechaza, tomar distancia de los testimonios, confrontar lo escrito con lo oral, hacer aparecer las di-

vergencias, los olvidos, los silencios, en fin, agregarle a la memoria la contrapartida de un análisis crítico, resulta una tarea indispensable para la producción de una memoria historizada.

El segundo desafío que planteó excedía las fronteras de la historia oral y aludía a la necesidad de reconocer un límite fundamental del conocimiento histórico: la imposibilidad del historiador “de agotar la realidad”. Para sintetizar su posición eligió palabras de Roger Chartier: “Pero me parece que las técnicas de investigación de la historia oral plantean con una agudeza particular los problemas comunes a todos los historiadores. El diálogo entre el actor histórico y el historiador permite reflexionar sobre las diversas mediaciones que siempre separan el pasado y su posible inteligibilidad”.

Los riesgos de un acercamiento acrítico al testimonio pueden acarrear consigo la trivialización de una práctica compleja que se reveló tan indispensable como irremplazable en el estudio de “Conflictos y experiencias del siglo XX”.